

Alicante

LA PLAGA DE LOS AÑOS 40



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

MI nombre es Felipe Pérez y, si bien soy escribano de este Ayuntamiento, trataré de cumplir lo mejor que pueda la labor que me ha sido encomendada como Cicerone durante su breve visita. O quizá más adecuado sería decir mi labor como Virgilio, pues lamentablemente habré de mostrarles lugares tan desolados como los del averno de Dante, a causa de la diabólica plaga que recientemente ha azotado nuestras tierras.

Si, como decís, en vuestro tiempo los agentes demoníacos que tanto daño nos han ocasionado son ignorados o apenas conocidos, permitirme primero que os hable de ellos, describiendo aunque sea someramente tanto su aspecto como su desarrollo.

Nacen en primavera, ligeramente enterrados bajo la tierra yerma donde sus madres previamente aovaron en el estío anterior, hincando su aguijón y soltando treinta, cuarenta o cincuenta huevecillos. Mezclados con la sustancia pegajosa que los acompaña y trocitos de tierra, estos huevos forman unos canutos que quedan a la espera de que pase el frío invernal. Al nacer, las larvas son del tamaño de un grano de centeno y de color blanquecino, pero, en cuanto reciben la luz solar, se vuelven tan negruzcas como los demonios que las mandan. Estos mosquitos buscan el amparo de los matorrales, con preferencia las matas de esparto, formando grupos redondeados y movedizos que llamamos manchas. Al cabo de dos semanas, tras alcanzar una mayor robustez, estas moscas empiezan a separarse de las manchas en anchos cordones, devorando todas las plantas que encuentran a su paso. Sus patas traseras se van haciendo cada vez más grandes, hasta permitirles dar grandes

saltos con los que alejarse de los eriales donde nacieron, a la búsqueda de tierras cultivadas donde seguir saciando su voraz apetito, dejando tras de sí toda la vegetación, grande y pequeña, como si hubiera sido pasto del fuego. Ya en estado adulto, pese a caber en la palma de la mano, su aspecto es sobrecogedor: del color de la tierra, tiene una cabeza desproporcionadamente grande, con antenas largas y ojos prominentes, y sus alas membranosas son ya lo bastante fuertes como para volar. Entonces emigran levantándose del suelo en bandadas tan grandes y densas que convierten el día en noche. Ante su visión, todo buen cristiano recordará sin duda lo que el libro del Éxodo dice sobre la octava plaga de Egipto: «Y cubrirá la superficie de la tierra, de modo que ésta no pueda verse».

Mi difunto padre, que en Gloria esté, escribano como yo y archivero municipal durante más de tres décadas, estaba convencido de que la plaga de la langosta llegaría a nuestra ciudad hace diecisiete años. Desde muy niño le oí tal presagio innumerables veces. Se fundamentaba en lo que había leído en los legajos y cronicones que se custodian en el archivo. En ellos se cuenta que Alicante y sus huertas sufrieron la plaga de la langosta en los años 1240, 1340, 1540 y 1640. Y aunque no halló documento alguno que lo acreditara, estaba seguro de que también en 1440 y en los años 40 de los siglos XII, XI y anteriores, nuestra ciudad y sus alrededores debió padecer puntualmente la visita de tan voraz e infernal insecto. Y si esto era así, ¿cómo dudar de que esta maldición se cumpliría una vez más en 1740?

Recuerdo el temor, el pavor inclusive, que reinó en nuestra casa y en la de nuestros amigos durante aquel año. Si un siglo atrás el azote bíblico exterminó todas las plantaciones, salvo los viñedos, causando tanto daño entre los alicantinos que muchos emigraron huyendo del hambre, quizás esta vez fuera aún peor y la langosta acabara con todo. Solo cabía rezar para que la Providencia se apiadara de nosotros, adelantando el milagro salvador con que libró a la ciudad cien años antes, cuando hizo que las gaviotas extinguieran la plaga devorando a las langostas.

Pero llegó el año 1740 y nada ocurrió. Mi padre falleció el primer día del año siguiente, más confundido por el error de su vaticinio que por la enfermedad que acabó con su vida.

Pero, aunque con retraso, la temida plaga de langosta llegó el año pasado. Y,

como para compensar su demora, se ha repetido en este de 1757, aunque con menos virulencia.

Se avistó la langosta en julio del pasado año, avanzando desde Villena, Elda y Monforte. Se hicieron rogativas a la Santa Faz y conjuros con el agua bendita de la cabeza de San Gregorio, y los curas y frailes hicieron procesiones nocturnas exhortando a la penitencia, con el fin de lograr la ayuda divina, pero las langostas se asentaron en la huerta, donde devoraron todo cuanto había cultivado, llegando incluso muchas de ellas hasta los cinco huertos que hay en la ciudad. Esta vez las aves silvestres y domésticas no nos ayudaron con su exterminio. Sí que sirvieron las pjaras de cerdos. Por el día no puede hacerse nada porque se escapan con facilidad, pero por las tardes después de puesto el sol, y mejor aún por las noches claras y con luna, sobre todo cuando ha llovido o



cae rocío, es más fácil pisarlas o que los cerdos se las coman, pues se hallan acobardadas y quietas. Trillándolas y sirviéndose del buitrón, fueron llevadas a zanjas, hoyos o pozos, donde se quemaron o enterraron a tres varas lo menos de profundidad. Pero, para cuando se acabó con ellas, ya era octubre y las hembras habían aovado en las dehesas, tierras incultas y laderas orientales de los montes.

Por eso el pasado 5 de marzo, el marqués de Alós, gobernador y corregidor de Alicante, convocó una reunión en la sala capitular del Ayuntamiento, a la que asistieron todos los regidores y yo mismo, para levantar acta. Se acordó hacer cumplir la Real Instrucción que se nos había enviado desde Madrid el año anterior, nombrándose diputados para su ejecución a los señores don Ignacio Burgunyo

y don Antonio Colomina.

Esta Real Instrucción está formada sobre la experiencia y práctica de varios años, y es de obligado cumplimiento para la extinción de la langosta en cualquiera de sus tres estados: canuto, mosquito y adulta.

Para descubrir dónde habían aovado las langostas, se enviaron peritos para que observaran a las aves silvestres, especialmente los grajos y tordos, que con sus vuelos y revuelos señalan los lugares donde están los canutos, a los que desentieran con sus picos para comérselos.

Una vez descubiertos, aquellos lugares fueron arados con rejas y rastrillos, sacando los canutos que luego eran pisados o devorados por los cerdos, a los que son muy aficionados por lo jugosos que son.

Un mes después, los peritos volvieron a observar dónde bullían las moscas que nacieron de los canutos que habían sobrevivido. Y una vez indicados, fueron llevados hasta esos lugares ganados de todo género, mulas, bueyes, cabras y ovejas, para que pisaran las moscas, llamadas así aunque todavía no saben volar, al tiempo que los hombres las golpeaban con todo tipo de herramientas, formando círculos alrededor de las manchas, guiándolas así hasta las zanjas donde fueron quemadas o profundamente enterradas.

Pese a todo este esfuerzo de prevención, muchas larvas alcanzaron el estado de adulto y las langostas volvieron a atacar nuestras huertas. Pero la plaga no ha sido tan numerosa como el año pasado y ha resultado menos costoso extinguirla.

Aun así, los gastos ocasionados por la plaga han sido muy elevados. A las pérdidas agrarias hay que añadir el pago de los jornales. La Real Instrucción dice que los gastos deben ser satisfechos por los sobrantes de propios y arbitrios, y que una vez apurados éstos, se haga un repartimiento sobre la base de los encabezamientos por rentas provinciales. En resumen, una ruina económica que nos costará años superar.

Pero no todo es penalidad y tristeza. Si, Dios mediante y como yo deseo, volvéis pronto a visitarnos, me complacerá mostraros las bondades y virtudes de nuestra ciudad en este año de 1757, que las hay y muchas. Verbigracia, la nueva Casa Consistorial, cuya construcción está a punto de concluir y que sobresaldrá entre las otras casi tres mil que hay en la ciudad como una joya arquitectónica que perdurará muchos siglos, si las guerras y catástrofes naturales futuras no lo impiden.

www.gerardomunoz.com
También puedes seguirme en
www.curiosidario.es

Máquina con juego de ruleta

Bingo Central

C/. San José, 7-11. ELDA
Parking gratuito
(entrada por C/. Cura Navarro)

- * Nuevo horario: abrimos todos los días a las 14.00h.
- * Nuevo servicio: menú mediodía
- * Sala Multijuego
- * Servicio de cafetería

Bingo

SALA Royal

Ramón Gallud, 74. Torrevieja
Parking gratuito PARKING CENTRO EL ARCO

centro

¡Gracias por su confianza!